

Queridísima Melanie:

Ayer, después de tanto tiempo sin hablarnos, te llamé a tu casa en Nueva York. Estaba nervioso. No sabía bien qué decirte. Pensé: ojalá me conteste la máquina. Así fue. Escuché tu voz, tu perfecto inglés: *Hi, this is 464-2151, if you want to leave a message either for Melanie or Eric, please speak after the tone.* No sé si me alegró saber que sigues con Eric. Supongo que sí. A pesar de que no lo conozco, le tengo simpatía. En realidad, lo vi una vez, hace años, en Austin, una mañana en que tú y yo caminábamos felices y un chico más bien bajito, de pelo negro, te pasó la voz y te saludó desde lejos, con una cierta (encantadora) timidez, como respetando nuestra complicidad, y tú le sonreíste y le dijiste algo de paso y creo que quedaron en verse pronto. Tú estabas decepcionada de un pintor muy guapo, profesor de la universidad, que prometió llamarte y no cumplió. Ya te habías desencantado de Brian. Estabas sola. Necesitabas un hombre, la ilusión del amor. No sospeché siquiera vagamente que ese chico tímido, cuyo rostro no alcanzo a recordar, se convertiría en tu hombre. Es bueno saber que siguen juntos. Por la

manera suave y distante como te saludó, me quedé con un bonito recuerdo de Eric.

Traté de hablarle a tu contestador con una voz cálida: *Hola Melanie. Soy Manuel. Es domingo, son las cuatro de la tarde, te estoy llamando desde mi casa en Miami. Conseguí tu teléfono en información. Espero que no te moleste esta llamada. Te llamo porque voy a ir a Nueva York en dos semanas y me encantaría verte. Si te provoca que nos veamos, llámame a mi casa al 305 361 4020. Me encantaría saber de ti. Si no, te mando un abrazo, espero que estés muy bien, te recuerdo siempre con mucho cariño. Chau, chau.* Me sentí bien de haberte llamado. No dudo que habrás notado mis nervios, mi inseguridad. Odiaría que hayas pensado: otra vez el pesado de Manuel entrometiéndose en mi vida, para luego escribir sobre mí. Te llamé simplemente porque te extraño. Y no me atrevo a decirte que nunca más escribiré sobre ti. Quizás siempre escriba, sobre ti, pensando en ti. Es lo que estoy haciendo ahora. Es una manera de decirte que, aunque no me llames y no me hables más, siempre te voy a querer.

Esta mañana me levanté a las diez —tú sabes que soy un dormilón y que adoro levantarme tarde y sin prisa—, bajé a la cocina y vi apenado que el teléfono no había grabado ningún mensaje. Todavía no me has llamado. Sé que no me llamarás. Por eso me he sentado a escribirte esta carta.

Recuerdo bien la última vez que nos vimos. Fue en Lima, hace ya un par de años. Pasé por el departamento de tu madre en el malecón, a pocas cuadras del hotel donde estaba alojado, y, muerto de miedo, como te imaginarás, porque no quería cruzarme con tu madre, que debe de estar furiosa conmigo por los libros que he

publicado, toqué el timbre y, al oír la voz amable de la empleada, me animé a preguntar por Laura, tu hermana, que no sabía si seguía en Nueva York o había regresado a Lima. Dije mi nombre por el intercomunicador y esperé resignado a que apareciese tu madre en bata por la ventana diciéndome un par de palabrotas. Tu madre, que es una dama, es incapaz de decirme un par de lisuras desde la ventana, lo sé, pero yo, que siempre me espero lo peor, temía que ella me echase a gritos de su casa. No fue así, por suerte. Para mi sorpresa, apareciste tú por la ventana del quinto piso y, con el pelo mojado y una sonrisa inesperada y maravillosamente dulce, me dijiste *chino, qué haces aquí, espérame que ahorita bajo*. No demoraste mucho en bajar. Nos dimos un gran abrazo, un abrazo como los de antes, y es que nadie, Melanie, nadie me abrazó tan rico como tú en aquellos años en que fui tan malo contigo (y conmigo). Hablamos cuatro cosas sin importancia, yo por supuesto embriagado por la felicidad de ver que todavía me querías un poquito, y me dijiste que solo habías ido a Lima unos pocos días y te dije que estaba alojado en el hotel a la vuelta y me dijiste que odiabas ese hotel porque había llenado de carros y ruido el vecindario y quedamos en vernos ese fin de semana, antes de que te fueras, porque en ese momento estabas apurada, ibas a salir con un chico que estaba contigo arriba. Prometí llamarte, reprimí mis deseos de preguntarte quién era el afortunado que estaba contigo arriba escribiendo en la computadora, y nos despedimos bonito.

El hotel definitivamente no te gustó. Me sorprendió que me dijeras que te parecía un hotel huachafo, de mal gusto. Yo lo encuentro elegante, refinado, incluso

lujoso, y nada de eso, para serte franco, me molesta en absoluto. Si bien el hotel no te gustó, aceptaste quedarte allí conmigo, aunque intuí que no estabas tan contenta de verme como la otra mañana. Te veías linda, como siempre: tu pelo ensortijado, tu invencible sonrisa, tus ojos que me vieron caído, ese cuerpo armonioso, de una palidez tan sensual, que alguna vez acaricié pero que nunca fue mío en verdad.

Pasamos al bar. Yo, en general, detesto los bares, porque no bebo alcohol, no fumo y no tolero que fumen a mi lado y me intoxiquen con el humo, pero el bar del hotel estaba desierto y además nos permitieron subir a *la mezzanine*, como dijo Carlita, la adorable camarera, y creo que allí, en ese lugar privado, con una enorme mesa de billar, la más grande de Lima según nos dijo la dulce Carlita, y un sillón de cuero muy bonito en el que rápidamente nos instalamos —yo por supuesto dándote mi mejor perfil, el derecho—, creo que allí te sentiste más cómoda que afuera, en el lobby y la biblioteca, que, aún no me explico por qué, no te gustaron para nada. Pedimos jugos y alguna cosita rica para picar. Carlita se marchó con su uniforme verde que hacía juego con la mesa de billar.

Me contaste que te habías ganado una beca para hacer un doctorado en sociología en Yale, pero que solo aguantaste un semestre y luego te trasladaste a Columbia, donde estabas feliz, pues habías cumplido un viejo sueño, irte a vivir a Nueva York, y habías hecho buenos amigos y vivías sola pero seguías con Eric, que se había quedado en Austin. Te dije que te admiraba, que me sentía orgulloso de ti. Sigo admirándote. Has hecho una brillante carrera académica. Maestría en Austin, docto-

rado en Nueva York. Y sola, Melanie. Sin la ayuda económica de tus padres. Gracias a tu inteligencia y tu espíritu de lucha. Nunca imaginé que la chica reilona que se paseaba tan leve por la vida, aquella chica que conocí en la universidad, llegaría tan lejos como has llegado. Yo, te lo dije en el bar solo para robarte una sonrisa, a duras penas terminé el colegio. Y mira tú todo lo que has logrado por tus propios méritos. Si yo fuera tu padre, estaría tan orgulloso de ti. Tu padre, ese señor tímido, delgado, demasiado civilizado para una ciudad tan caótica como Lima, ese señor que no triunfó como arquitecto ni prosperó en los negocios solo porque siempre hizo las cosas derechas y obedeció las leyes, ese señor que nació en el país equivocado y escogió equivocadamente el mundo cruel de los negocios y que, como me dijiste alguna vez, habría sido tanto más feliz como científico en una buena universidad norteamericana, tu padre, don Antonio, a quien vi hace años en el aeropuerto de Lima y prefirió tímidamente no saludarme, tu padre debe de estar tan orgulloso de ti. Bien por eso, Melanie.

Yo te conté que seguía viviendo en Miami, haciendo televisión, porfiando por escribir. Te dije que por fin había aceptado mi sexualidad y había hecho buenos amigos en Miami. Mentiras. Solo quería impresionarte, darte una imagen de madurez. No sé si me he liberado ya de las culpas que me han impedido aceptar serenamente —y gozar todo lo posible— mi condición de bisexual o, si quieres que sea más preciso, de bisexual con una inclinación más fuerte a las mujeres. Digo esto último porque yo de ti, hace ya más de diez años, me enamoré, a mi torpe manera pero me enamoré, y no era el mío un amor encendido por el deseo físico sino por la complicidad y

la ternura, y no me atrevo a decir que tú te enamoraste de mí, pero si algo parecido al amor sentiste por mí, estoy seguro de que no estuvo inspirado por mi cuerpo esmirriado y mis presurosos besos de principiante. Me duele confesarte ahora la verdad, Melanie: tengo treinta años, nunca me he permitido la felicidad de amarte, no tengo amigos aquí en Miami, la ciudad en la que sigo viviendo, solo y en silencio, y aquello que te dije en el bar del hotel, *en Miami me siento libre y puedo ser feliz como me dé la gana*, me suena ahora falso. Y demasiadas mentiras te dije cuando me enamoré de ti. No quiero seguir mintiéndote. La verdad es que no sé qué diablos hago en Miami, no sé cuándo voy a tener el coraje de regresar a Lima y darle la cara a mi destino.

Quizás nada de esto te interesa ya, quizás yo sea solo un recuerdo amargo para ti, pero voy a seguir escribiéndote esta carta, no porque tenga una vaga esperanza en salvar nuestra amistad, a la que tú al parecer has decidido poner punto final, sino porque simplemente siento la necesidad de decirte todas estas cosas y otras más, pedirte disculpas por las imprudencias que cometí y seguramente te disgustaron y hasta te hicieron sufrir, darte una explicación, si la encuentro y me suena convincente, y sobre todo decirte que, pase lo que pase, será difícil dejar de recordarte con cariño.

Eso mismo intenté decirte en el bar del hotel, aquella tarde neblinosa. Mirándote a los ojos, que me devolvían una mirada fría y desconfiada, y tratando de contener las lágrimas, esfuerzo que coroné con dignidad, te dije que nunca escribí con rencor hacia ti, que nunca quise hacerte daño, y que los personajes de mis primeras novelas que alguna gente en Lima dijo que estaban

inspirados en ti, dos chicas lindas, un poco ingenuas, mimadas por la vida, no eran en realidad tú misma, mi amiga Melanie, y ni siquiera se te parecían demasiado, aunque tal vez sí las había imaginado pensando en ti, extraña manera de seguir recordánte y queriéndote, pero casi todo lo que esas mujeres hacían en mis novelas eran inventos míos, pura ficción, y no un recuento o testimonio de lo que tú y yo habíamos vivido. Sé que no te convencí. Parecía una contradicción: escribí pensando en ti pero en esos personaje no estás tú, y lo que ellas viven en mis libros no es lo que vivimos juntos. Pero es la verdad: no pude evitar la urgencia de escribir sobre las turbulencias de mi pasado, tampoco pude impedir que tu recuerdo azuzara mis fantasías, sin embargo es cierto que mucho de lo que escribí pensando en ti fueron puras fantasías y que nunca quise hacerte daño ni cobrarme una revancha. ¿Por qué, Melanie, si siempre fuiste tan buena conmigo?

Poco importan ya mis explicaciones. Nada de lo que diga te convencerá de que no quise dañarte, de que nunca quise burlarme de ti o someterte al escarnio de los chismosos. Eso sentí mirándote en el bar. Permaneciste en silencio y, cuando terminé de hablar, me dijiste, con deliberada indiferencia, que no habías leído mis libros ni los pensabas leer. Me quedé helado. No me esperaba esa respuesta. Me dolió. Creo que es lo peor que le puedes decir a un escritor: *No te he leído, no me interesas*. Pero comprendí tus razones: cuando te vinieron con el chisme de que yo había escrito maliciosamente sobre ti, decidiste no leerme, ignorarme. Me sorprendió tu dureza. Yo no habría podido. Yo, en tus zapatos, curioso y chismoso como soy, hubiera corrido a leer aquellos libros que,

según decían, hablaban de mí o me aludían vagamente. Seré franco contigo, Melanie: me apenó que no quisieras leerme, que mis libros te interesaran tan poco. Y sentí que seguías enojada conmigo. Sentí tu frialdad. Sentí que no me tenías el menor respeto como escritor, que mis libros te parecían poca cosa. Eso, te confieso, hizo que te sintiera distante. En otro momento me contaste que querías escribir. *Pero yo no escribiría sobre mi vida*, añadiste, y fue evidente que me lo dijiste con una cierta condescendencia, con un leve aire de superioridad. Después seguimos hablando de cualquier cosa —y de verdad eché de menos que te interesaras siquiera un poco por mis hijas, que son un amor y no tienen la culpa de nada—, pero me quedó la triste sensación de que yo te pedí perdón y tú no me lo concediste. Pues ahora te pido perdón de nuevo. Por una sencilla razón: si bien no quise hacerte daño, creo que te lo hice igual. Nunca quise que mis libros te fastidiasen en modo alguno —al contrario, pensé que te podía halagar el hecho de que escribiera de ti con cariño—, pero no negaré que seguramente te fastidió, y con razón, que cierta gente dijera que yo te había retratado en mis libros. Aquella vez me dijiste algo que volvió a sorprenderme: *Lo que más me molestó fue que todos decían que me habías hecho quedar como una tonta*. Nunca quise dejarte como una tonta, Melanie. Nunca pensé que fueras tonta. Al contrario, creo que eres brillante, además de adorable. El tonto soy yo, que, por escribir deprisa y apasionadamente, no pensé con la debida calma que debía protegerte de los chismes, rumores, malentendidos y comidillas de Lima.

Cuando nos despedimos en la puerta del hotel, sentí que ya no éramos amigos, que nuestra complicidad



se había roto para siempre. Ahora que pasan las horas y no me llamas, me digo que no volverás a confiar en mí, a abrirme tu corazón. Es una pena. Yo te sigo queriendo, aunque tú no me quieras más. Ojalá algún día leas mis libros y sientas el cariño que yo sentí cuando los escribí pensando en ti.

Me he detenido un momento a pensar en los recuerdos más intensos que tengo de nuestra amistad. Y pienso ahora que esa amistad se rompió con los años por la misma razón que la hizo especial: porque la simpatía natural que nos inspiramos al concernos acabó mezclándose —peligrosa, equivocadamente— con nuestros deseos, mis confundidos deseos, tus pudorosos deseos. Sospecho hoy, en un ejercicio de especulación perfectamente inútil, como inútiles son sin duda estas líneas, que si no hubiéramos tratado, con menos ardor que espíritu juguetón, de ser amantes, nuestra amistad habría resistido mejor los embates del tiempo y yo, tal vez, hubiese sabido ser tu amigo. Pero fueron esos primeros besos —los míos desesperados, los tuyos despaciosos— y esas primeras caricias furtivas y aquellas refriegas nocturnas de las que tu pequeño carro fue testigo, fueron esos juegos los que acabaron minando nuestra amistad. Porque me revelaron, de un modo brutal, mi incapacidad de amarte bien, mi absoluto extravío en las brumas del deseo. Y porque te mostraron a ti, por entonces tan inocente, que detrás de mis sonrisas mansas habitaban, agazapados, inquietantes, unos fantasmas con muy malos modales.

¿Te acuerdas de nuestro viaje a Arequipa? Debo advertirte que mis recuerdos de ese viaje son borrosos, inciertos, algo que atribuyo al masivo consumo de

marihuana que me permití en esa ciudad tan bonita, a la que acudimos para visitar a la familia de tu madre. Tú, Melanie, sin duda más inteligente que yo, te abstuviste de fumar marihuana, aunque no de reírte a mares conmigo y celebrar las gracias, distracciones, ocurrencias y travesuras que aquellas hierbas rojizas provocaban en mí, tan tímido en cambio cuando estaba sobrio. En realidad, si algo recuerdo bien de aquel viaje, más que nuestros paseos a pie o la música que escuchamos con un solo *walkman* compartido, un audífono para ti y el otro para mí, lo que nos obligaba a caminar bien apretaditos, si algo recuerdo —te decía— es que la marihuana era entonces mi más leal compañera, pues la fumaba desde la mañana hasta la noche, en intervalos de tres o cuatro horas, y eso no parecía molestarte sino más bien divertirte, lo que multiplicaba con creces mi cariño por ti y además creaba entre los dos una hermosa complicidad hecha de apachurrones, Charly García, atracones de chocolatitos La Ibérica y conversaciones con tu abuela. Chisporrotean en mi memoria tres imágenes arequipeñas que entonces, creo, me deslumbraron: la adicción de tu abuela a la Coca-Cola, pero no a cualquier Coca-Cola sino en particular a la Coca-Cola en botella pequeña de vidrio, la que, según ella, tenía más gases y era indudablemente más dulce que las otras; el descubrimiento de que tenías en esa ciudad un tío homosexual y una tía arisca, que ambos eran hermanos, que la salud de tu tío estaba siendo devorada por una enfermedad mortal, y que tu tía bebía mucho y se enzarzaba en peleas feroces con su madre, es decir tu abuela; y, por último, la contemplación gozosa, en un cine desierto de espectadores pero lleno de pulgas, de una escena inolvidable en la que

un cura es arrojado gloriosamente a las cataratas de un río caudaloso, lo que provocó en mí una extraña sensación de júbilo por la que ahora pido perdón.

También quiero recordar un viaje que hicimos juntos al Caribe. Yo te invité. Tú decidiste escaparte unos días de la universidad. Tus padres se opusieron a que viajaras conmigo, pero terminaste imponiendo tu voluntad. Aquellos días caribeños habrían de ponerte en evidencia mi mediocre espíritu aventurero: solo me interesó conocer a fondo la piscina del hotel, el cuarto de masajes, los baños de vapor y, en un raptó de audacia, un cine del malecón en el que vimos, aterrados, en función de noche, *Atracción fatal*, película que el numeroso público boricua, que presenció con nosotros las resurrecciones de la pérfida Glenn Close, premió con fuertes aplausos y gritos de *¡qué palo!*, *¡qué palo!*, entendiéndose *palo* como algo excelso, sublime, superior. No conocimos playas, museos, casinos ni mercadillos turísticos —el calor y la pereza nos derrotaron miserablemente—, pero yo tuve la suerte de conocer tus bellísimos senos, pues me concediste la dicha nunca bien agradecida de acariciarlos, besarlos y sentirlos altivos, aunque, buena alumna de colegio religioso, me prohibiste, al mismo tiempo, explorar y recorrer los embrujos al sur de tu ombligo. Todo lo que aprendí en ese viaje se reduce a esto, mi querida Melanie: de la siesta despiertas siempre muy malhumorada.

Me parece que la primera gran decepción que te llevaste conmigo fue cuando te dije, a mitad de un bobo invierno limeño, que me iba a vivir a Buenos Aires. Te sorprendió (y lloraste por eso) que fuese capaz de imaginar mi futuro prescindiendo por completo de ti. Así

me lo dijiste: *Te vas a Buenos Aires ¿y no me llevas contigo?* Me defendí débilmente diciéndote que al comienzo sería muy duro y por eso era mejor que me marchase solo, que si las cosas me salían bien, quizás entonces tú podrías darme el encuentro. Intentaste disuadirme, me sugeriste que no abandonara la universidad, te apenó que devolviese mi departamento alquilado y rematara mis pocas cosas, pero, al final, llorosa y derrotada, tuviste la grandeza de acompañarme esa mañana nublada al aeropuerto y desearme suerte en mi aventura argentina. Años después, no sé si ahora te acuerdas, me confesaste que aquella mañana en el aeropuerto, viéndome partir solo, comprendiste que yo no estaba enamorado de ti. ¿Sabes lo que pienso ahora? Que me fui a Buenos Aires porque no me atrevía a decirte los secretos que te escondía y me atormentaban, porque no tuve el coraje de mirarte a los ojos y decirte tranquilamente: creo que soy bisexual. Ese viaje, me digo ahora, fue una fuga, una confirmación más de mi probada cobardía. Pero también creo ahora que, bien mirada, mi repentina ausencia te hizo un favor: para olvidarme, te fuiste al Cusco, conociste a un chico guapo, te permitiste una aventurilla con él y, casi sin darte cuenta, te sacudiste de mí. Por eso nunca contestaste mis llamadas desde Buenos Aires. Por eso, cuando regresé unos meses después, ya habías dejado de verme como el hombre de tu vida —si alguna vez me viste así, lo que en todo caso habría que atribuir a tu debilidad por la cerveza helada— y me veías apenas como un chico travieso, con el cual podías divertirte pero del que no ibas a enamorarte otra vez. Solo quiero decirte ahora lo que no te dije entonces, en ese aeropuerto limeño que parecía estación de tren, abrigado por mi casaquita de cuero y

mis (pocos) dólares en efectivo: gracias por haber ido al aeropuerto a despedirme, solo tú eres capaz de esos gestos de nobleza.

Tiempo después, eras tú la que partía y yo el que se quedaba. Por supuesto, ingrato como siempre he sabido ser, no fui hasta el aeropuerto a desearte buena suerte —y ahora lamento esas pequeñas mezquindades mías—, pero al menos te llamé por teléfono y nos despedimos cordialmente. Estábamos algo peleados. Tú habías terminado tus estudios en la universidad —si recuerdo bien, no te desaprobaron en un solo curso, así de aplicada eras— y no habías tardado en ganar una beca para hacer tu maestría en Austin. Las circunstancias que provocaron nuestro distanciamiento me producen ahora lástima y vergüenza. Todo debo atribuirlo a mi infinito egoísmo. Yo me enojé contigo por la más estúpida de las razones: porque habíamos tenido intimidad sexual. Fueron pocos aquellos encuentros en los que finalmente me concediste el placer de acariciar y besar tu cuerpo entero, de entrar temblorosamente en ti, y ellos tuvieron lugar en la alfombrada soledad de mi departamento, y aún me duele decirte que, a pesar de tu belleza y tu dulce esmero por educarme en esos goces —te veo sentada a horcajadas sobre mí, los ojos cerrados, revuelto el pelo ensortijado, tu cuerpo agitándose con el mío, y sé muy bien que nunca más entraré en ti—, esos encuentros me dejaron una sensación de amargura, y desasosiego. Debido a la ambigua naturaleza de mis deseos, que ahora conoces mejor, no pude sentir amor cuando nuestros cuerpos se confundieron, hace ya diez años. Me quedé frustrado, insatisfecho, pensando que era un hombre solo a medias. Esa amargura la volqué contra ti. Todavía recuerdo mi

patética venganza: te llevé a almorzar a una pizzería y, cuando tú solo eras mimos y arrumacos conmigo, animada sin duda por la cervecita espumosa que tenías al lado, te dije: *No me gusta hacer el amor contigo*. Fue un golpe bajo, lo sé. Tú no merecías esa vileza, tanta ingratitud. Ni siquiera intenté explicarte, con buenos modales y mirándote a los ojos, que no tenías la culpa de nada, que mi frustración se debía a que te ocultaba mi condición de bisexual. Una vez más, y a pesar del cariño que sentía por ti, te hice daño. Desviaste la mirada hacia la calle, alejaste de ti la pizza vegetariana, lloraste en silencio, me dijiste fríamente —y mirándome a los ojos, con un valor que yo nunca tuve contigo— que no te llamase más y te marchaste enojada, caminando rápido. Perdón, Melanie. Sé que te hice daño y te pido perdón. Créeme que me arrepiento de haber sido tan torpe.

Voy a hacerte ahora una confesión impúdica, pero tú ya sabes que el sentido del pudor, que mi familia me inculcó con tanto ahínco cuando era niño, lo he perdido casi por completo, algo de lo que curiosamente me enorgullezco, pues siento que he aligerado bastante el equipaje que llevo conmigo y que el pudor suele ser enemigo encarnizado del placer. Tú no me viste aquella noche: estabas bailando con Rafael, nuestro amigo, el adorable y dulce Rafael, que hacía una linda pareja contigo, y una oscura marea humana se sacudía en esa discoteca subterránea, y vi desde lejos —rencoroso, agazapado— que estabas feliz con Rafael, que lo mirabas con un brillo sospechoso, que tu sonrisa era también una promesa, y me sentí miserable porque supe que me habías olvidado y que él te haría gozar como yo no podría jamás, y algo se incendió en mis entrañas cuando, acabada la canción,

te vi abrazar a Rafael y besarlo en los labios. Sentí rabia, una rabia ciega trepándome por dentro, sofocándome. Sentí ganas de gritarte, insultarte, humillarte. No estaba furioso con Rafael; era a ti a quien odiaba como nunca te había odiado. Nada justificaba mi rabia, lo sé —yo te había maltratado y tú eras libre de salir con quien quisieras—, pero, víctima de mi propia miseria, me sentía intoxicado por el rencor y quería una venganza. Celos, despecho, pura abyección: esa noche supe lo que es un ataque de celos —nunca he vuelto a caer tan bajo. Caminé entonces hasta tu departamento, engatusé con mis conocidas mañas al portero del edificio para que me abriese la puerta, subí al piso nueve y te esperé en la puerta. Me da vergüenza decirte el plan que tramé contra ti, pero te lo digo igual: cuando llegaras sola, después de haber gozado con Rafael, solo quería decirte *puta*, y luego besarte violenta, apasionadamente. ¿Por qué sentí esos celos tan sórdidos? ¿Por qué quería agredirte, si era yo quien te había apartado bruscamente de mi vida? No lo sé, Melanie. No tengo idea. Solo te cuento lo que sentí y pensé aquella noche mala. Por suerte, nunca llegaste. Te esperé hasta las cuatro de la mañana y me cansé de esperarte. ¿Sabes lo que hice antes de irme? Tan cegado estaba por la furia y el deseo que, de pie frente a la puerta de tu casa, me toqué con violencia, pensando en ti y en Rafael y en mí, y dejé en el suelo las manchas húmedas de mi derrota. Te prometo que nunca más dejaré, en la puerta de tu casa, las huellas de mis ardores confundidos.

Muy distinto fue lo que tú dejaste en la puerta de mi departamento, antes de viajar a Austin. Viniste un día muy temprano, sabiendo que yo dormía, saludaste al portero, que no dudó en hacerte pasar porque tú le

sonreías siempre con una distraída coquetería a la que no estaba acostumbrado, y, sin decirme nada, sin tocar el timbre, dejaste, debajo del felpudo, una máquina de escribir nueva, que habíamos visto en una tienda cercana y que yo nunca me animé a comprar, más por ocioso que por tacaño. Cuando encontré la máquina de escribir y la llevé a mi pequeña mesa de trabajo, en la que a veces me sentaba a escribir desvaríos en un cuaderno que ni tú podías leer, no imaginé que tú, Melanie, a pesar de todo, te habías acordado de mí y me la habías regalado. Encontré, al abrirla, una nota escrita a mano con tu ordenada caligrafía de colegio exclusivo: *Si quieres ser un escritor, escribe*. Hoy, que estoy lejos de ti, pienso con tristeza que esa máquina está guardada en un depósito y que aquella nota tuya, tan simple y a la vez tan sabia, debí conservarla. Pero no he olvidado —y creo que no lo olvidaré— que siempre creíste en mí como escritor. Qué cruel ironía, me digo ahora, que tú, Melanie, que tuviste el gesto de regalarme una máquina de escribir, terminaras siendo una de las víctimas más conspicuas de mis desmanes literarios. Pronto voy a rescatar esa máquina del depósito. Debería tenerla cerca de mí. Es el mejor regalo que me hiciste. La voy a traer a mi casa y, cuando te extrañe, tal vez escriba, en respuesta a aquella nota que me dejaste: *Escribo gracias a ti, Melanie*.

Calculo ahora, desde mi estragada memoria, que había pasado poco más de un año sin que nos viésemos cuando tomé la arriesgada decisión de ir a visitarte por sorpresa a Austin, donde vivías sola en un pequeño apartamento cerca de la universidad. En tus cartas me decías que te sentías muy sola, que a veces te arrepentías de haberte marchado a esa ciudad en la que no tenías



amigos; me escribías letras de canciones tristes, sobre todo canciones de Bosé, que tanto nos gustaba, y yo, leyéndote, sentado en la alfombra de mi departamento, imaginaba que habías llorado escribiéndome esas cartas y que ni siquiera Bosé consolaba tus lágrimas. Solía llamarte tarde en la noche, cuando regresaba de trabajar, y te oía suspirar, lamentar tu suerte, hundirte en silencios y adelgazar tu voz hasta el llanto, y nada podía hacer, desde mi pequeña madriguera limeña, para mitigar tus penas, para darte ánimos, salvo decirte, soñando un poco, que ya pronto iría a Austin a vivir contigo, que tú eras —a pesar de mis flaquezas y frustraciones, a pesar de mis oscuros deseos— la mujer de mi vida. Ahora que ha pasado el tiempo y me resigno a tu silencio, sé que no eras la única mujer de mi vida, pero entonces, cuando te lo decía llorando yo también, lo sentía de verdad, y no exagero si te digo que fuiste tú, Melanie, la primera mujer de la que, arrastrado por una pasión turbia y dolorosa, me enamoré.

Todavía alcanzo a ver, entre las brumas de mis recuerdos —que son como fotos cubiertas de humo—, la sorpresa en tu rostro cuando me viste entrar, con estudiada timidez, a la cafetería Around the corner, en la que trabajabas como camarera. No me esperabas. No sabías que llegaría esa tarde de verano a Austin; menos te imaginabas que había conseguido la dirección de la cafetería solo para pillarte desprevenida, solo para demostrarte —con mi repentina aparición, con esas rosas para ti— cuánto te seguía queriendo. Tenías puesto un pequeño mandil blanco que te cubría hasta las rodillas y llevabas una bandeja con un plato de comida y unos refrescos: toda una camarera, la más linda sin duda del estado de

Texas, que ese verano ardía, como ardía yo en deseos de abrazarte en medio de esa cafetería bulliciosa. Me miraste, paralizada por mi súbita presencia, dijiste *chino loco, qué haces aquí*, dejaste a toda prisa el pedido que llevabas y viniste a abrazarme con tanto cariño que algunos en la cafetería, al ver mis flores y nuestra emoción y tus brazos rodeándome, aplaudieron graciosamente: fue nuestra interpretación libre y tercermundista de *Pretty Woman*, película que vimos juntos y que, aparte de hacernos llorar como bobos, cambió por unos días el curso de mi vida —y sobre todo de mi manera de andar, pues a la salida del cine, tú fuiste testigo, yo trataba de caminar con el olímpico aire de triunfador de Richard Gere y sentía que mi única ambición en la vida era ser como él en la película. Aquel encuentro en *Around the corner*, un día cualquiera a las tres de la tarde, interrumpiendo tu esmerada rutina y sorprendiendo a tus amigas camareras, que me saludaron todas con simpatía —salvo una gordita que solo tenía ojos para ti—, fue sin duda uno de los momentos más hermosos de nuestra amistad. ¿Qué será de esa cafetería? ¿Existirá todavía? Si algún día regreso a Austin, me tomaré una foto allí donde te sorprendí y me abrazaste como si en ese instante no hubiese nadie en el mundo más importante que yo, pero no te la mandaré a Nueva York, porque entiendo que ya nada quieres saber de mí. Te diré algo más: aquella tarde aprendí a admirar tu sencillez y tu espíritu de lucha. Sentado en una esquina, saboreando unos helados de chocolate que tú misma me trajiste a la mesa, te vi atender a esos amables comensales tejanos con una mezcla de empeño, simpatía, rigor y delicadeza que me dejó deslumbrado. Yo, con lo vago que soy, y con los mimos que me consiento, no podría jamás ser un

buen camarero: me despedirían enseguida. Pero tú ibas y venías, sonriente y profesional, y saltaba a la vista que los clientes se derretían por ti, sobre todo los hombres, que te dejaban generosas propinas, y que ninguna de las otras camareras, con las que hablabas en tu coquetísimo inglés, podía igualar esa combinación tuya de belleza y eficiencia. Qué orgulloso me sentí viéndote trabajar así, duro y parejo, sin quejarte, sonriendo a cada cliente, guardando las propinas con aire distraído, sin mirar nunca los billetes. La gente que estaba allí almorzando no sabía de dónde venías, pero yo sí. Yo sabía que creciste en una familia con dinero, que fuiste al colegio más exclusivo de la ciudad, que —como yo— siempre tuviste empleadas y empleados a tu servicio, que fuiste entrenada para vivir como una princesa y no para fatigarte como camarera. Sin embargo, y solo por orgullo, para no vivir del dinero que te enviaba tu padre —pues esa plata la ahorrabas en el banco, pensando devolvérsela algún día con una gran sonrisa de triunfadora—, estabas trabajando ahora como camarera, y vaya si lo hacías bien. Me embriaga una sensación dulzona cuando te recuerdo preguntándome en inglés, con una media sonrisa, si deseaba té o café. Te deseaba a ti. Debí pararme, llevarte de la mano a la cocina y darte un beso lento —como los que tú me enseñaste. No importa que nunca más me ofrezcas, con tu mandil y tu libreta, un postrecito más. Bastó con aquella tarde. Nunca mejor atendido, Melanie.

No permitiste aquella vez que me alojara en un hotel. Me pediste que me quedase en tu departamento. Me sorprendió que vivieras en un lugar tan pequeño y oscuro, desprovisto de todo encanto. Tampoco me dejaste dormir en el sofá. Me sentí feliz cuando me dijiste que

querías que durmiera en tu cama. Tenías un enamorado en Austin llamado Brian, un joven delgado y misterioso, pero aun así me quisiste en tu cama, a tu lado. Brian se enojó por eso. Te dejó una nota agresiva, diciéndote que no quería verte mientras yo estuviese allí. Dormimos juntos todas las noches que pasé en Austin, pero tú no quisiste hacer el amor conmigo, y yo comprendí bien tus razones: estabas enamorada de Brian, yo era uno de tus mejores amigos, no querías que nos confundiésemos de nuevo. Gracias a ti, a tu prudencia y sensatez, no volvimos a entremezclar peligrosamente la amistad con los deseos. Tú habías conseguido un amante mejor que yo —me lo confesaste a oscuras, entre risas, haciéndonos cosquillas debajo de las sábanas— y comprendías que yo buscaba, muy a mi pesar, otras pieles ardiendo conmigo. No volvimos a hacer el amor, aunque me atrevería a decirte que la juguetona complicidad que nos inventamos en tu cama —puro cariño, adormecido el instinto— fue también una manera de hacer el amor. Y fue por eso, porque ya presentías las oscuras pulsiones de mi corazón, que un sábado a mediodía, interrumpiendo nuestra modorra infinita, saltaste de la cama, me empujaste a la ducha, nos vestimos de negro —ese color que nos hermanaba— y me llevaste a una librería en la que se vendían principalmente libros sobre la bisexualidad. No dijiste nada dramático, solo me llevaste a aquella librería. Fue toda una revelación para mí. Me sentí en el paraíso. Compré muchas novelas, me sentí libre, adoré tu sonrisa a mi lado. Ahora creo que solo estabas tratando de decirme: sé que eres bisexual y yo te quiero así, no trates más de pelear contra tu naturaleza, acéptate, reúne todo el valor del que seas capaz y atrévete a conocer todo

esto, los libros, la belleza, la gente como tú. Gracias por sacarme de la cama y llevarme a esa librería, Melanie. Creo que algo cambió en mí aquella mañana. Intuí, a lo lejos, que estabas señalándome, con tu discreta elegancia, el mundo al que pertenezco.

Me aferro también a otro recuerdo de aquella corta visita a Austin: Bosé nos hizo bailar todos los días. Tenías un disco de Bosé, *Los chicos no lloran*, que adorabas, del que te habías hecho adicta. ¿Te acuerdas? Lo ponías a toda hora. Bailábamos con Bosé en las mañanas, los dos con nuestras rotas pijamas que consistían solo en camisetas viejas —la tuya blanca, la mía celeste— lo bastante largas como para disimular mal que nunca nos gustó dormir con ropa interior; y bailábamos también ciertas tardes en que te animabas a cocinar, es decir, a servirnos leche con cereales y *muffins* de frambuesa; y volvíamos a bailar en las noches, cuando abrías una botella de vino y lamentabas la ausencia de Brian, que seguía castigándote con su rencoroso silencio. Te sugerí que llamaras a Brian y le dijeras que, en mis preferencias íntimas, como en casi todas las demás, yo pertenezco a la honrosa minoría, pero tú no quisiste premiar así las inseguridades de tu enamorado, del que, si quieres que te diga ahora la verdad, nunca me pareció que estuvieras de veras enamorada. Enamorada estabas de Bosé, no de Brian y menos aún de mí. Había algo en la hermosa música de Bosé —su cadencia tristona, la inocencia rota, esa cosa desgarrada de mujer, una cierta dignidad después de todo— que te seducía fuertemente y hacía que te dieras. Yo me enamoré contigo de Bosé, y lo bailamos juntos, cada uno a su aire —tú mirándome, yo mirando tus pies—, y el día que decidí marcharme, pues

ya la sombra de Brian nos agobiaba y se cernía amenazante, bailamos por última vez *Los chicos no lloran*, y yo, desoyendo a Bosé, lloré bailando, bailé llorando. Tiempo después —quién lo hubiera dicho— conocí a Bosé. Me cautivó. Admiré su arte, sus silencios. Antes de despedirnos, le pedí que firmase para ti su último disco. Por ahí lo tengo. Dice sobriamente: *Gracias, Melanie. Tu amigo, Miguel*.

Apenas había transcurrido un año cuando volví a Austin a visitarte, aunque esta segunda vez tuve la delicadeza de anunciarte mi llegada. Te habías mudado a un departamento más bonito, en un segundo piso, con aire acondicionado y vista a la calle. Vivías sola. Seguías haciendo tu maestría. Ya no trabajabas como camarera: estabas mucho más contenta como profesora de español en la universidad. Te pagaban mejor y te dejaban más tiempo libre, pues dictabas el curso de español tres veces por semana. No tenías enamorado, y lo lamentabas, y fue evidente para mí que necesitabas desesperadamente un hombre a tu lado. Habías peleado con Brian. Te aburrías con él. No te sentías enamorada. Fue doloroso, pero tenías que hacerlo. Brian, que te adoraba, encajó mal el golpe. Quedó en el suelo. Seguía llamándote, te rogaba una última oportunidad. Tú habías pasado buenos momentos con él —me confesaste que nadie te había hecho gozar como ese jovencito desgarbado—, pero no dudabas un segundo de que querías estar sola y conocer otros hombres. Brian no soportaba la derrota, tus silencios, que no le contestaras las llamadas. Dejó la universidad, se fue a Nueva York, consiguió trabajo como lector de ancianas millonarias —iba a sus departamentos de lujo y les leía muy despacio y con entonación teatral los

libros que ellas, viejitas miopes y trémulas, ya no eran capaces de leer solas— pero no por eso dejó de llamarte. Brian era el mejor amigo de tu máquina contestadora. Dejaba varios mensajes al día —mensajes alegres o llorosos, promesas de amor, jadeos obscenos, quejas, preguntas resentidas, *solo te pido que me hables, baby*— pero tú te habías hecho el firme propósito de no contestar sus llamadas compulsivas. Yo, en secreto, quería hablarle, ofrecerle mi amistad. Había visto fotos de él y me parecía encantador. Te confieso ahora que hubo ocasiones en las que, estando yo solo en tu departamento, Brian llamó y comenzó a balbucear derrotado en el contestador, y estuve a punto de levantar el teléfono, pero no lo hice porque me parecía una deslealtad contigo. Brian era el pasado para ti. Con él habías aprendido a perder ciertas inhibiciones, a gozar de tu cuerpo. Ahora querías un hombre de verdad. Brian te parecía un niño mimado. No lo sentías a tu altura. Y yo no era para ti un hombre de verdad. Yo era un hombre roto, lisiado. Tú sabías de qué pie cojeaba. Me hablabas con ilusión de un arquitecto, que habías conocido recientemente y te parecía muy atractivo. Sin embargo, el arquitecto te llamaba rara vez, no parecía mostrar demasiado interés en ti, y además corría el rumor de que era gay, lo que por momentos te deprimía, pues me decías que, por alguna extraña razón, siempre terminabas enamorándote de unos hombres tan sensibles y perfectos que, claro, eran también gays o bisexuales. Te sugerí que lo llamaras, lo invitaras a salir y le dijeras, a tu manera, y usando todos tus indudables encantos, que él te gustaba: así, como los valientes, sin más rodeos. Te reías y entretenías la idea de atreverte a confesárselo, aunque tú y yo sabíamos que tu educa-

ción limeña —tus pudores y refinamientos, tu magnífico orgullo— te impediría hacer tal cosa. El arquitecto te tenía en el bolsillo, tanto que soñabas a menudo con él y —según me confesaste una noche, medio riéndonos— incluso a veces te tocabas pensando en él, pero el elusivo y misterioso caballero, a quien no alcancé a conocer, y de quien no pude ver siquiera una foto, nunca llamaba, a diferencia de Brian, que virtualmente había secuestrado tu teléfono. Tú pasabas todo el día en la universidad. Salías muy temprano, tras consumir tu dosis brutal de cafeína, y volvías por lo general de noche, rendida, y, nada más entrar a tu casa, corrías al teléfono a oír los mensajes en tu contestador con la esperanza de que el arquitecto por fin hubiese llamado, pero solo te encontrabas con la voz de Brian, que borrabas enseguida sin remordimientos, saltándote sus súplicas y lloriqueos, y a veces también con la vocecilla de Mike, tu amigo gay. Mike era tu alumno de español. Te caía muy bien. Se habían hecho buenos amigos. Apreciabas la franqueza y naturalidad con que llevaba su condición de homosexual. Te parecía libre, fresco, gracioso, tan diferente a los gays torturados que habías conocido en Lima. Ciertas noches iban juntos a la mejor discoteca gay de Austin y se divertían a morir. Yo no conocía a Mike, solo su voz, pero te confieso que le tenía celos. No quería que tuvieras otros amigos. Yo era tu amigo, ex amante, confidente y protector, hermano incestuoso, masajista y cosquilleador: ¿para qué necesitabas a un amiguito afeminado como él? No te decía nada de esto, claro, pero cuando Mike venía a tu casa y tocaba la puerta, yo nunca le abría, me escondía en la cocina y deseaba en silencio que ese jovencito, estudiante de artes y empleado de la biblioteca pública,



consiguiera por fin un fogoso marchante y se olvidase de ti. Celos. Otra vez celos por ti, Melanie. Celos que se desvanecieron felizmente cuando, llevado de la mano por ti, que me sacaste de la cama con caricias y arrumacos, y me crispaste los nervios a pura cafeína, te acompañé a tu clase de español y tuve ocasión de conocer a Mike, aquel chico distraído sentado en la primera fila. Mike no tenía ninguna gracia. Era poca cosa. Seré franco contigo, aunque te enojés por ello: era bien feúcho el tal Mike. Perdí todo interés en él. Además, estaba fascinado contigo, la profesora de español. Desde mi carpeta en la última fila, fui testigo de que tus clases eran un ejercicio de discreta seducción, pues en ellas desplegabas, suave y dulcemente, unos encantos y aptitudes, una meticulosa preparación, unos embrujos latinos a los que tus diez o doce alumnos, casi todos hombres por cierto, no se podían resistir. Cautivado por tu belleza —el poder de tu sonrisa, los misterios que tu pelo escondía, aquellas manos de algodón, la inquietud de tus labios, el aroma a café en tu cuello— y por tu preciso dominio de los verbos, adjetivos y sustantivos, salté rápidamente a la conclusión de que ese puñado de alumnos hechizados aprenderían contigo el español, el latín, el ruso y hasta el alemán, con tal de seguir mirándote y escuchándote. Repite ahora conmigo, bellísima profesora de español: *Melanie-es-muy-bonita; Manuel-quiere-mucho-a-Melanie; ¿por-qué-Melanie-está-molesta-con-Manuel?*

Habrás olvidado seguramente el incidente de las ampollas. Yo no lo olvido y, rencoroso como soy, todavía te culpo a ti, te culpo y disculpo por supuesto. Todo comenzó inocentemente cuando me presentaste a Patrick en la cafetería de la universidad. Interrumpiendo

nuestra feroz batalla con *bagels* y *muffins* —combate para el que estabas fieramente dotada a media tarde, cuando arreciaba el hambre—, saludaste a un joven alto, de agradable figura, que llevaba una mochila al hombro y cuyo rostro se me antojó del todo acariciable. Dicho joven respondía al nombre de Patrick. Casi me arrancó de cuajo la mano, pero la sonrisa que me obsequió al saludarme mitigó mis dolores. Mientras Patrick iba por un jugo y me permitía así la gozosa contemplación de su humanidad, no tardaste en susurrarme que tenía una enamorada, bailarina para más señas, que esa zigzagueante señorita se hallaba por esos días en Boston, ciudad a la que su natural pujanza la había llevado en busca de mejores horizontes, y que —uso tus palabras— *Patrick estaba para comérselo*. Carecía yo de razones para poner en entredicho tu afirmación. Coincidimos rápidamente, entre susurros y sonrisas, que Patrick no merecía sufrir tan injusta soledad, y que cualquiera de nosotros estaría más que dispuesto a ofrecerle cariño, comprensión, una sana amistad. Te dije que el muchacho me parecía un tejano muy digno y primoroso. Es más, te rogué que olvidaras al arquitecto y que invitaras a Patrick a tu casa. Riéndonos nos hallábamos cuando él regresó con su bandeja, su jugo y su pan con queso cremoso y, tras el natural intercambio de preguntas y trivialidades, asunto en el que me jacto de ser ducho, Patrick me sorprendió con una inesperada invitación: esa misma tarde tenía un partido de fútbol, ¿quería yo jugar en su diezmado equipo? Me ofrecí enseguida, con un brillo sospechoso en la mirada que solo tú detectaste, a jugar de arquero, árbitro, juez de línea, recogebolas o aguatero. La sola idea de verlo jugando conmigo —y la indudable posibilidad

de felicitarlo tras la euforia del gol— despertaron en mí una verdadera ansiedad por vestirme de corto y saltar a la cancha. ¿Recuerdas mi entusiasmo, Melanie? Seré breve para no aburrirte: Patrick me prestó unos viejos botines de fútbol que me quedaban ajustadísimos; pensé que los gringos serían unos gansos jugando fútbol y que me daría un banquete con ellos; ya en la cancha, y antes de que comenzara el juego, palmoteé a Patrick y le di ánimos con más entusiasmo del debido; los gringos corrían como aviones y yo, azorado, jadeante, los veía pasar; jugué como defensa y fui el hazmerreír de mi equipo; Patrick jugó espléndidamente y convirtió dos goles y yo aproveché ambas ocasiones para confundirme con él en abrazos efusivos; no me gustó que me mirase enojado cuando nos metieron un gol más por mi culpa; tampoco me gustó que me pidiese salir de la cancha para que entrase un gordito remolón que llabía llegado tarde; sin embargo, me repuse de tal desaire aplaudiendo y vivando a mi ídolo, al pie de la línea de cal, con sistemática histeria de waripolera; perdimos y fue mi culpa, lo sé; en el camino de regreso, Patrick se detuvo en un supermercado y bebimos jugos helados; me ardían los pies como si hubiese caminado sobre clavos; yo solo quería que me invitase a tomar una ducha reparadora en su casa, para comentar las incidencias del partido, si tú me entiendes bien; Patrick no me invitó a su ducha, no me concedió esa dicha; entré a tu casa odiando para siempre la básica estulticia del fútbol y con los pies incendiados, calcinados; todavía hoy, años más tarde, me duelen las ampollas; mírame los pies, Melanie, los tengo hechos polvo; y ahora tú soplándome los pies y echándome cremitas justicieras y riéndote de mis rotas ilusiones

futboleras; y yo tres días postrado en tu cama, sin poder hollar suelo tejano, dispuesto a morir de dolor de ampollas; y el Patrick, canalla, malvado, egoísta, bañándose solito: ¿y ahora quién le va a alcanzar la toalla, si la bailarina se fue al norte?; y yo ahora sonriendo y pensando que si Patrick me invitase a jugar otro partido de fútbol bajo el inclemente sol del estado de Texas, no vacilaría un segundo en acudir a su llamado y en calzar de nuevo aquellos botines pezuñentos, así de ciega es la pasión y así de frágil la memoria. Sóplame más los pies, por favor, Melanie, sóplame y no te rías, desgraciada, que tú tienes la culpa de mis ampollas.

Por entonces yo soñaba con ser un escritor. Tú me animabas a inscribirme como alumno de literatura en la universidad y a quedarme a vivir un tiempo en Austin. Me había gustado esa ciudad. Era tranquila y amigable. Veías mucha gente joven. Se podía vivir cómodamente sin mucho dinero. Pero yo no quería estudiar en la universidad. Me parecía una respetable manera de perder tiempo y dinero. Presentía que abandonaría tarde o temprano ese forzado intento por alcanzar un grado académico. Te lo decía: *Yo no he nacido para la universidad*. Tú te reías y me decías: *Eres un vago, nadie ha nacido para la universidad, pero si no tienes un título, no eres nadie*. Supongo que tenías razón. Hoy no tengo un título y soy nadie. Pero me he dado el gusto de hacer lo que he querido. Por eso me fui a Madrid. Me apenó mucho dejarte. Esas semanas que pasé contigo en Austin las llevo en el corazón. Tú sabías, sin embargo, que yo soñaba con vivir en Madrid. Quería hacerme escritor allá. Sentía que ese era mi destino. Una mañana, caminando por las calles apacibles de tu vecindario tejano, te dije que

mi sueño era publicar una novela en España. Sonreíste, me tomaste de la mano y me dijiste: *Entonces tienes que irte*. Tu sueño era mudarte a Nueva York al terminar tu maestría, conseguir un trabajo que te hiciera feliz y —esto no me lo decías, no tenías que decírmelo, estaba en el aire— encontrar a un hombre que te amase. Han pasado los años y, no sé si te has dado cuenta, has cumplido tus sueños, querida Melanie. A mí tampoco me ha ido mal. Pero lamento mucho que publicar mi primera novela, aquella antigua ilusión que tú supiste mantener viva en mí, me costase perder tu amistad. No lo sospechaba cuando nos despedimos esa mañana en la puerta de tu departamento, el taxi amarillo esperándome abajo. Me abrazaste con fuerza, prometiste que irías a visitarme a Madrid, robaste mis lágrimas con tus besos y me dijiste apenada: *¿Por qué siempre te vas cuando más te necesito?* No supe responderte. Aún ahora no tengo la respuesta. Una vez más, te dejaba sola. Si bien tenía las ganas, el tiempo y el dinero para quedarme un semestre en Austin, una fuerza extraña —la oscura noción de mi destino— me llevaba lejos de ti, a Madrid, una ciudad en la que no conocía a nadie. Pero era allí, en Madrid, me decía, donde por fin me sentaría a escribir. Curiosa idea. Sé que arrepentirse es un ejercicio blando e inútil, pero ahora pienso que debí quedarme contigo, Melanie. ¿Por qué diablos tenía que hacerme escritor en España? ¿No podía escribir también en Austin? Ya sabes, soy testarudo, cabezadura. Sin embargo, me digo también que tal vez mi ausencia ayudó en algo a que te enamorasas de Eric. Quizá yo era entonces —sin que ambos lo supiéramos— una distracción, un obstáculo para que ese amor surgiera. Porque tú empezaste a salir con Eric a los

pocos días de mi partida. Tiempo después me contaste que él no te había llamado cuando estuve allá contigo porque pensaba que nosotros éramos todavía, en cierto modo, una pareja. Veámoslo entonces así: hice bien en partir. Porque tú te enamoraste de Eric —ese chico tan dulce que te saludó fugazmente una tarde en que el sol resplandecía y yo todavía cojeaba por las ampollas y tú, en shorts y un polito, lucías perfectamente adorable— y Eric resultó siendo, al menos hasta ahora, el hombre de tu vida. Y porque yo me atreví a escribir en Madrid, más concretamente en la sección infantil de la biblioteca pública del Retiro —ya sabes que me refugié entre libros y dibujos para niños porque a media mañana, cuando llegaba a la biblioteca, el área infantil estaba desierta, y además tenía cierto morbo rumiar en un ambiente tan inocente mis historias fracasadas. Me preguntaste hace años: *¿Por qué siempre te vas cuando más te necesito?* Yo te pregunto hoy: ¿Nunca me vas a perdonar?

Te llamaba a menudo desde Madrid. Rara vez te encontraba. Solía dejar mensajes en tu contestador. Temía convertirme en un intruso, en un fastidio, en otro Brian. Te llamaba desde una cabina de la Telefónica, en la Gran Vía. No era un lugar propicio para la calidez. Usaba esos teléfonos públicos —teléfonos que olían— porque era más barato que llamarte del hotel. Sentado en una cabina individual, rodeado por paredes de vidrio por las cuales se filtraban ecos y rumores de otras conversaciones, contemplando los rostros desesperados de inmigrantes pobres, hablaba deprisa contigo, te preguntaba cuatro cosas, mentía para contentarte —sí, había hecho amigos; sí, estaba escribiendo mucho; sí, me sentía feliz en Madrid—, te rogaba que vinieras a visi-

tarme y, cuando escuchaba el pito amenazante, me despedía con una promesa: *El libro que estoy escribiendo te lo voy a dedicar a ti*. Incumplí esa promesa. Me enamoré de Mar. Me fui con ella a Washington. Escribí el libro gracias a ella. Por eso se lo dediqué a ella. Lo siento, Melanie. Era el destino, una vez más. Pero en el corazón del libro estuviste —estás— tú. Fue también una manera de dedicártelo. Aunque, lejos de agradecermelo, terminaste molesta conmigo. Yo sentí que ese libro le pertenecía a Mar. Todavía hoy lo siento así. En todo caso: perdón por incumplir mi promesa.

Tú tampoco cumpliste la vaga promesa de ir a Madrid. Lo comprendo perfectamente. No tenías mucho dinero, te estabas enamorando de Eric. Me contabas de él por teléfono. Me pareció que te daba miedo ilusionarte demasiado, idealizarlo. No me decías gran cosa. Sentía, y me dolía, que no querías compartir conmigo los pequeños detalles de esa relación que —lo podía intuir bien a miles de kilómetros, desde aquella olorosa cabina pública de la que acababa de salir un pobre africano abrumado por la soledad— era lo que habías estado buscando tanto tiempo, una verdadera promesa de amor. No te voy a mentir: sentí celos. Aunque sabía que no podía ser tu pareja, que ya no me veías como un amante —y por eso en mi última visita habías preferido que durmiese en el sofá; y por eso, cuando te abracé desnudo antes de entrar a la ducha, evitaste delicadamente mis besos y sonreíste coqueta pero distante—, aunque sabía que ya no podía ser tu hombre, tampoco podía evitar que la súbita presencia de Eric en tu vida me incomodase un poco. Nunca estabas en casa. Cuando te llamaba, te sentía apurada. Si Eric estaba contigo, no podíamos hablar,

te cortabas. Sentí que, ahora que te habías enamorado de él, yo te importaba menos. Me sentí desplazado, olvidado. Sé que fui un tonto, pero me costó trabajo aceptar que estabas enamorándote de un hombre y que ese hombre no era yo. Los celos otra vez. Ninguna mujer me había provocado tantos celos como tú.

Tiempo después, peleaste con Eric. Me llamaste llorando a Washington. Eric te había dejado y se había ido a San Francisco a visitar a su ex novia. Estabas deshecha. Creías que no iba a regresar a Austin. Nunca te había sentido tan golpeada. Comprendí que te habías enamorado de verdad. Te sentías culpable. Lo habías tratado mal; fuiste engreída, caprichosa; te irritaba profundamente que siguiese hablándose con su ex novia; cuando él te dijo que quería ir a visitarla unos días, te enfureciste y le dijiste a gritos que si se iba solo a ver a su ex, no querías verlo más; Eric se fue en silencio y, contra lo que te esperabas, no regresó a pedirte permiso para irse a San Francisco, simplemente hizo maletas y partió. Me decías una y otra vez, desconsolada: *No va a regresar, se va a quedar allá con esa gringa bruja que lo llama todo el día*. Estuve a punto de ir a verte. Me moría de ganas de abrazarte. No pude. Estaba con Mar, no quise dejarla sola. Pero te hice llegar unas flores al día siguiente. Me agradeciste desde el corazón, hacía tiempo que no me hablabas así, la partida de Eric nos había acercado otra vez. Mi voz más egoísta —aquella que cobra fuerza en las noches de insomnio— me decía: mejor que Eric no regrese, así Melanie te va a querer más. Mala voz, mal consejo. Yo no sabía qué decirte. *Si sientes que fuiste injusta con él, llámalo y pídele perdón, dile que lo extrañas*, te aconsejé. Pensé que no me harías caso, orgullosa como eres. Lo llamaste, sin



embargo. Y Eric volvió. Le perdonaste esa aventurilla con su ex. Muy bien. Me alegra que sigan juntos. Pero te voy a decir algo que no te dije entonces: quizás debiste haber tirado a la basura la tarjeta que te envié con las flores, antes de que Eric la viese. Di instrucciones para que escribieran: *Love, Manuel*. Sé —es puro instinto— que a Eric, cuando se reconcilió contigo, le molestó encontrarse con mis flores y mi tarjeta de amor. Lo sé porque su voz cambió, dejó de ser amistosa. Cuando te llamaba y él contestaba, me hablaba con absoluta frialdad. Mensaje ahora para Eric, en el optimista escenario de que con Melanie, hayas aprendido a leer español y, sobre todo, de que ambos se animen a leer esta carta: no te preocupes, querido Eric; comprendo que te fastidiaran mis flores y mi declaración de amor; no quise hacerte trampa, solo consolar a tu chica; por lo demás, te entiendo perfectamente, yo sé lo que es sentir celos por la mujer que ahora duerme contigo.

Después de todo lo que vivimos, merecía que me visitaras cuando fuiste a Washington, querida Melanie. No te digo esto con rencor, pues solo encuentro, en mi fatigado corazón, un sentimiento de ternura, de dormida calidez por ti. Pero mentiría si te dijera que no me ilusioné con la idea de verte cuando me contaste por teléfono que irías un par de semanas a Washington, a casa de tu tío el físico nuclear, donde te encontrarías con tu madre. Yo vivía entonces con Mar, la mujer de mi vida, en un pequeño apartamento en Georgetown, a pocas cuerdas de la universidad. Ella hacía su maestría, yo escribía. Eran días intensos que cambiarían para siempre mi vida. Tú y yo hablábamos por teléfono los domingos en la noche. Mar aceptaba nuestra amistad,

no hacía preguntas indiscretas, aunque tampoco era tu más fiel admiradora. No te perdonaba, sospecho, que, en un momento de crisis entre ella y yo, tú me aconsejaras que la dejase. Aquella vez te llamé agitado a Austin y te conté los detalles de la crisis; tú me escuchaste paciente-mente y, con una frialdad que me sorprendió, me dijiste *déjala, haz tus maletas y ándate cuanto antes de allí*. Pero yo no te hice caso. Y, cuando me reconcilié con Mar, le conté, con toda imprudencia —y por eso te pido disculpas—, que habías abogado por la ruptura. Si bien tomó las cosas con calma y lo entendió como una expresión de celos de tu parte —pues creía que tú y yo seguíamos jugando vagamente con la idea de ser unos amantes erráticos, perdidos, que al final de muchas batallas volveríamos a encontrarnos—, me parece que no olvidó ese incidente, que tomó nota de que podías ser mi aliada, pero no la suya. Por lo demás, tú tampoco eras demasiado cariñosa con Mar. Nunca me preguntabas por ella. Cuando contestaba tus llamadas, solo preguntabas por mí, no la saludabas ni fingías tenerle una cierta simpatía. ¿Tenías celos de ella, como yo de Eric? No lo creo. Tú estabas muy feliz con Eric; estoy seguro de que hacía mucho tiempo habías dejado de verme como un hombre deseable. Sin embargo, no puedo descartar que sintieras una cierta antipatía por Mar. Ignoro las razones de esa postura, pero puedo especular: yo me alejé un poco de ti desde que me enamoré de Mar; tú ya no eras la mujer más importante de mi vida; ya no te llamaba todas las noches a escuchar el relato de tus días enloquecidos y a darte todos los consejos que me pidieras; ya no era más tu cómplice, confidente, hermano mayor y protector en la sombra, aunque, desde luego, aún me sentía tu amigo

incondicional. Mar te conocía desde el colegio. Te recordaba como una chica tímida, callada, a diferencia de ella, que, según me han contado, era muy graciosa. Se conocieron en el colegio, pero no fueron amigas. Mar nunca hablaba mal de ti, era incapaz de mezquindades o celos contigo. Sabía que yo te quería a pesar de todo, y respetaba en silencio esa extraña fidelidad mía —digo extraña porque no he sabido ser leal a nada ni a nadie, ni siquiera a mí mismo—. A veces incluso preguntaba por ti con un vago cariño, perdonando —así de generosa era ella— la hostilidad que disimulabas mal en el teléfono. Por eso, porque yo tenía muchas ganas de verte y porque Mar parecía estar sinceramente ilusionada con tu visita y la posibilidad de que se hicieran amigas, me dolió mucho —nos dolió— que pasaras por Washington y no tuvieses tiempo de vernos aunque sea un ratito. Yo nunca te habría hecho ese pequeño desaire: anunciarte mi viaje a Austin, pasar dos semanas allá y decirte al final que no tenía tiempo de verte. Mejor hubiera sido que no me dijeras nada de tu viaje a Washington. Aquella vez sentí que nuestra amistad se había roto, que ya no me querías. Curiosamente, al llegar a Washington me llamaste. Parecías tener ganas de verme, y así me lo dijiste, aunque sin demasiado entusiasmo. Algo pasó, sin embargo. Quizás te molestó que te invitase a mi departamento, para así estar juntos los tres: Mar, tú y yo. O tal vez llegó tu madre de Lima y te dijo que mejor no me vieras —tu madre, pienso ahora, nunca me quiso: me veía como una amenaza a tu felicidad, como una mancha en tu buena reputación limeña—. No lo sé. El hecho cruel es que pasaste por Washington y no quisiste verme. Yo no tenía tu teléfono. Preferiste no dármelo, con la excusa —que

me pareció creíble— de que no querías molestar a tu tío. Me llamaste dos o tres veces, me contaste que estabas atareadísima visitando museos, prometiste que mañana o pasado vendrías por Georgetown y pasarías un ratito a verme, pero al final, nada, solo tu ausencia y tu silencio, partiste sin despedirte, y el regalo que compré para ti —la colección completa de Peter Gabriel, todos sus discos— lo tengo todavía conmigo. Tu viaje a Washington, mi contrariada ilusión de verte, la amargura de sentir tu indiferencia: aquella fue la primera señal de que nuestra amistad parecía condenada a extinguirse, aun antes —y eso me consuela— de que saliera mi primera novela y te enojaras conmigo porque, según me dijiste, en ella te hice quedar como una tonta. Te ruego —sé buena, no me maltrates así— que no me vuelvas a hacer eso. Si pasas por Miami o por Lima y simplemente no quieres verme, prefiero que no me llames antes y me digas que vas a visitarme. No seas mala. No juegues ping pong con mi corazón. Algún día, cuando finalmente me perdones, antes de que ya seamos viejos, me concederás tal vez la felicidad de caminar contigo en otoño, abrigados, pisando hojas secas, por las calles de Washington que tantas veces recorrí pensando en ti.

Nuestro penúltimo encuentro tuvo lugar en Lima, al final del verano. Te habías mudado a Lima. Eric se quedó en Austin. Vivías en el departamento de tu madre, cerca del malecón, aunque, cuando llegase Eric, que había prometido ir a visitarte y pasar unos meses contigo, querías alquilar un departamento para los dos. Te fuiste de Austin porque tu visa de estudiante expiró y, dado que ya habías terminado tu maestría, no podías renovarla y tampoco conseguir un trabajo, pues esa visa

no te autorizaba a trabajar, solo a estudiar, y tus estudios —por fin: ya estabas harta— habían concluido. Menuda sorpresa: me llamaste a casa de Mar; le dijiste a ella que estabas en Lima y querías verme; ella, con esa estupenda nobleza suya, me llamó enseguida al celular y me dio tu teléfono; yo, manejando por el caos de Lima en un carro que acababa de comprarme, horrorizado por la violencia del tráfico, pensando vender el carro y largarme de regreso a Washington, no tardé un minuto en llamarte, para que veas cuánto te quiero siempre; tú me hablaste con una calidez que yo creía perdida, me dijiste que querías verme; deduje que habías naufragado un poco al volver a Lima y querías aferrarte a mí en esa ciudad que ya nos era un tanto extraña, después de varios años viviendo afuera; quedamos en vernos esa misma noche, tú y yo solos, sin Mar, a la que, sin embargo, te acordaste de mandar saludos. De pronto, en el momento más inesperado, cuando yo me esforzaba por reinsertarme sin mucho dolor en la turbulenta vida limeña, nuestra amistad parecía renacer gracias a ti. Te recogí esa noche, en mi carro nuevo japonés —color verde oscuro, asientos de cuero—, del departamento de tu madre, y me sentí, como al principio, fascinado por ti, cruel y dulcemente fascinado por ti. Sin que hicieras ningún esfuerzo, con solo abrazarme, mirarme, sonreírme, decirme *chino*, me cautivaste en el acto, me dejaste herido, fulminado, a tus pies —tus lindos pies, aquellos que besé y acaricié antes de que se fueran a otras tierras—. Manejé lentamente por Miraflores, dando vueltas sin saber adónde ir, mientras tú y yo, tomados de la mano, jugábamos a recrear, aunque solo fuese por esa noche, el romance que nos había revolcado con fuerza años atrás. Fue aquella una

noche mágica, la última de nuestra amistad. Comimos en un sitio agradable, Le Bistrot, en una mesa esquinada, con el aire cómplice de los amores furtivos, a escondidas. Apagué el celular y, sin importarme que más allá algún amigo escritor estuviese viéndonos —y subrayo su condición de escritor porque ellos después lo cuentan todo: está en su naturaleza—, besé tus manos, tus olvidadas mejillas, y acaricié por debajo de la mesa tus piernas de bailarina frustrada, unas piernas que ¡cuántas veces bailaron conmigo *devórame otra vez* en la rockola de la playa! Esa noche yo quería besarte. Me sentí enamorado de ti, de tu pelo embrujado, de la inocencia perdida de tus manos, de tu sonrisa. Habían pasado casi diez años, y cada uno había vivido en el camino su cuota de amores y desilusiones, y ahora, en esa mesita del restaurante, sentía como si todo comenzara de nuevo, como si estuviésemos en la pastelería Sueca, a mitad de los años ochenta, inventando, entre sonrisas y biscotelas, las claves de nuestro primer amor. Por eso quería besarte esa noche. Pero no te lo dije. No me atreví. Tuve miedo de asustarte. Vi en tu mirada, ya los dos en el carro contemplando el mar oscuro, que acaso tú jugabas con la idea de llegar esa noche hasta el final, de abrirte a mí y reencontrarte con la erizada piel de mi espalda, con la sinuosa furia de mis besos bajando por tu cuerpo de vainilla. ¿Te acuerdas cuando, bailando en las sombras, enardecidos por el alcohol, me cantabas en el cuello *devórame otra vez* y yo acudía presto a tu llamado? No te devoré aquella noche, pero ganas, lo sabes bien, no me faltaban. Te llevé a casa de tu madre, apagué el motor del carro japonés que poco o nada te había gustado, escuchamos música en silencio —en la radio tocaban una bonita canción, *Desesperada*,

de Marta Sánchez— y fuiste tú quien vino a mí y me besó en los labios. Nos besamos como antes, sin ardor ni premura, con calculada morosidad, con esa mezcla inquietante de culpa y deseo, y, cuando quise besarte también el cuello y ahí atrás de la oreja para arrancarte un suspiro, dijiste *mejor no, mejor me voy a dormir*, y me diste un fugaz besito en la mejilla y bajaste del carro. No supe entonces lo que sé ahora: que ese sería nuestro último beso. De haberlo sabido, no habría dudado tanto: te hubiese llevado abajo, a la playa, y, como lo hicimos alguna vez en tu carro, te hubiera amado con pasión y, también, con el amargo presagio de la derrota.

Pocos días después nos volvimos a encontrar. Me llamaste a casa de Mar, me confesaste entre risas que Lima te tenía al borde del colapso y, dado que ella había salido y yo estaba solo, te animaste a decirme que vendrías a visitarme hasta los extramuros de la ciudad, a aquellos bucólicos parajes en los que me había refugiado del alboroto y el chismorreó limeños. Fue una sorpresa verte llegar en tu pequeño carro blanco: pensaba que tu familia se había ocupado de venderlo cuando te fuiste a Austin. Parecías algo nerviosa. Podía sospecharlo, no tenías que decírmelo: te inquietaba la posibilidad de encontrarte con Mar. Por eso no quisiste entrar a su casa, a pesar de mi insistencia. Apenas diste una fugaz miradilla a la sala —y elogiaste el refinamiento que exhibía—, cruzaste palabras conmigo y, a la vista de tu incomodidad, fue evidente que querías salir a dar una vuelta, lo que hicimos enseguida. No imaginé que volveríamos a estar juntos en tu carrito blanco. Aún hoy lo recuerdo con cariño. Cuando estoy en Lima y veo un carro como el tuyo, lo sigo con la mirada y me pregunto, invadido por

una cierta melancolía, si acaso será el mismo en el que, acompañados por buen rock argentino y ciertas hierbas aromáticas, las ventanas empañadas por nuestros alientos sofocados, urdimos la secreta conspiración de los besos y las miradas, de un amor que algo tenía de prohibido. ¿Te acuerdas cuando chocaste, Melanie? Esa mañana, en la rotonda de la universidad, me enteré de que habías sufrido un accidente. Dijeron que te habían chocado saliendo de tu casa y que el choque había sido fuerte, pues tu carro había dado una vuelta de campana —las ruedas hacia arriba, tú de cabeza—, y que, si bien no estabas grave, te habían llevado sangrando a la clínica. Aún no éramos grandes amigos, pero la noticia me estremeció. A punto estuve de ir a verte a la clínica. Creo que empecé a enamorarme de ti el día en que regresaste con una pierna enyesada a la universidad: nunca el yeso había sido tan sexy. Ahora manejabas despacio por esas calles cercanas al lugar donde te estrellaste años atrás, tu carrito ya envejecido y ruidoso, yo —padre de familia— apretado por el cinturón de seguridad, cuando, tras bordear un parque en el que retozaban los perros de un querido empresario de la televisión —sabía que eran de él porque yo pasaba por ahí y les tiraba panes cuando trabajaba en su canal, a modo de agradecimiento por creer en mí—, nos encontramos de pronto en el cruce donde te chocaron hace tiempo. Te recordé el incidente. Me dijiste que aquella vez pensaste que te morías. Te pregunté: *¿Todavía eras virgen cuando tuviste el accidente?* Riéndote, me dijiste: *Claro, tonto, si yo dejé de ser virgen contigo.* Nunca te he creído cuando me has dicho eso. He tenido la sensación de que me estás tomando el pelo, de que en realidad solo quieres halagarme. ¿De verdad fui tu primer hombre,



Melanie? Me abruma pensar que fue así. Merecías algo mejor. Sabes de mi infinita torpeza como amante. Sabes también de la infinita ternura que me inspiraste. En todo caso, tú fuiste la primera mujer a la que amé —en el corazón y también ahí abajo, donde se pierde el control—. Por eso nunca te voy a olvidar. Ahora nos veo sentados en una mesa de un café solitario de Camacho. Tras recordar tu accidente y pasar por la fatídica esquina, viste a media cuadra ese café y decidiste que, así desolado como se veía, parecía un lugar propicio para comer algo y hacernos confidencias. Ya era de noche. Tocaba un pianista de aire triste. Se paseaba sobre las mesas desiertas un gato negro —tú y los gatos, Melanie, tú siempre rodeada de gatos mimados—. Detrás de la caja registradora, una mujer joven bostezaba. Había escuchado el rumor de que la dueña de ese café era una escritora lesbiana. Pedimos jugos y ensaladas. Me contaste de Eric —qué ilusión tenías de que te visitara pronto: me confesaste que nunca habías estado tan enamorada—, te conté de Mar. Entonces me sorprendiste. Hablando de tus amigas limeñas que no habían cambiado y seguían igualitas y solo pensaban en casarse con un millonario y tener hijos de revista y sudar todas las mañanas en el gimnasio hasta quemar con rabia esos últimos kilitos de grasa y después sentirse regias comprando en el Jockey Plaza los días de semana —porque los fines de semana invade el pueblo y hay que salir corriendo—, me contaste de pronto, con una extraña seguridad, que las ideas feministas habían cambiado de un modo radical tu manera de entender las cosas, de ver el mundo, de mirarte a ti misma. Mencionaste escritoras feministas que yo solo conocía de nombre; citaste libros que no había leído y sé que nunca leeré —y te pido

perdón por mi frivolidad, pero no siento por ello un gramo de culpa sobre mis escuálidos hombros—; existe con tu conocida lucidez —y con una pasión que yo te desconocía— tus nuevas ideas sobre la mujer; me dijiste que siendo bisexual yo debería estudiar el feminismo, pues tanto las mujeres como los gays y bisexuales hemos sido víctimas de una injusta opresión machista; y en fin te declaraste feminista abierta, combativa, orgullosa y militante. No creas, por favor, que me burlo de ti. No: simplemente me sorprendió el ardor de tus convicciones. Desde mi ignorancia —y mi probado carácter pusilánime—, me pareció un poco extraño que defendieras con tanto celo las ideas feministas. Yo, en general, siempre he sentido simpatía por las feministas, solo que prefiero escucharlas cuando están a oscuras. No te molestes: es solo una broma. Tú eres la pensadora feminista más inteligente y hermosa que mis ojos han visto jamás. Tocaba mustio el pianista, brincaba sigiloso el gato negro, luchaba contra el sueño la cajera, languidecía aquel perdido cafetín, relucía ante mí el poderoso brillo de tu inteligencia: así recuerdo ahora esa noche en las afueras de Lima. Cómo habías cambiado. Te veía y eras una intelectual. La Melanie despistada y risueña que conocí —aquella que gozaba con los campamentos en la playa, los conciertos de Fito Páez, el cafecito en Barranco y las telenovelas de Verónica Castro— se había reinventado y era ahora una Melanie fuerte, feminista. Te di la razón en todo, me sentí orgulloso de ti, pensé: qué lejos has llegado, Melanie. Sin embargo, me preocupó que hablaras mal del capitalismo, de la sociedad de consumo. No me pareció prudente discutir, así que callé mis discrepancias. Además, te notaba convencida de que el capitalismo era un

sistema viciado de injusticias y que la sociedad de consumo estaba en franca decadencia. Pero te digo ahora mi opinión, aun a riesgo de contrariarte: si sigues pensando que el capitalismo es malo, sospecho que estás equivocada. Yo no he leído a Friedman, a Mises ni a von Hayek, y mucho menos a Adam Smith —apenas tengo tiempo de hojear la prensa del corazón y ya me da sueño—, pero sé bien —créeme esta vez— que el capitalismo, con todas sus imperfecciones, es una maravilla, y que los países más libres y prósperos —por ejemplo, los Estados Unidos, el formidable país en el que tenemos la suerte de vivir— han alcanzado esos niveles de libertad y prosperidad gracias a la innegable eficacia —y superioridad moral— de la democracia y la economía de mercado, dos sistemas que, bien mirados, son caras de una misma moneda: la supremacía de la libertad individual, aquella sagrada libertad que hoy te permite vivir tu feminismo radical en Nueva York y a mí, escribir malamente en una isla vecina a Miami. Te pido perdón ahora por esta parrafada. No quería aburrirte. Odio las discusiones políticas. Solo quería decirte que celebro —y admiro— tu conversión al feminismo, y que encuentro contradictorio amar a Nueva York —como sé que la amas tú— y al mismo tiempo criticar el capitalismo —que es la esencia misma de esa ciudad, el sistema que la ha hecho florecer—. ¿Sigues siendo feminista, Melanie? Sospecho que sí. ¿Te sigues declarando anticapitalista? Por favor dime que no. Qué ganas tengo ahora de verte, escucharte y hacerte mil preguntas. Pero tú, chica mala, me condenas al silencio. Ya verás, seguiré escribiéndote porfiadamente mi amor incondicional —incluso si te haces comunista te seguiré queriendo— hasta que un día, rendida, de nuevo sonriente, me

mires a los ojos y me des un beso en la mejilla mientras caminamos por Central Park.

Aquí me tienes ahora, fatigado, recordándote en silencio. No te he vuelto a ver desde aquella tarde en que viniste al hotel y me dijiste que no me habías leído ni me leerías. Cruzó los dedos para que algún día rompieras esa promesa. Me partiría el corazón que ni siquiera leyeras esta carta. Ayer le dije a un amigo, tomando un jugo de naranja en Lincoln road: *No sé por qué, a la gente que más quiero siempre la hago llorar*. Sé que a ti te hice llorar, Melanie. Me regalaste tu amor cuando eras una niña inocente y descubriste poco después que yo —turbios los deseos, terco el instinto— era incapaz de quererte bien. Sé también que mis libros te hicieron daño. Lo siento de verdad. Siempre te quise, te sigo queriendo. Todavía busco en otras mujeres anónimas —esa chica despreocupada que toma un café cerca mío, aquella hermosa canadiense que conocí en un hotel de la playa— el más leve rasgo que evoque tu belleza: el pelo díscolo, la sonrisa virgen, la quietud de tus manos. Mi recuerdo más vivo de ti son tus manos. Fue una suerte conocerlas, besarlas, merecer sus caricias. Como ves, estoy triste. Presiento que esta carta es una despedida. No voy a llamarte más. O mejor: voy a tratar de no llamarte más. No quiero ser impertinente. Si ya no me quieres y has decidido olvidarme, debo aceptar la derrota con dignidad. Viviré con el cálido recuerdo de tu amistad. Debo decirte, sin embargo, que doy gracias por haberte conocido. Aprendí muchísimo de ti. Tú me enseñaste a querer, a llorar, a besar. Tú hiciste que mi vida fuese más bonita. Tú, Melanie, mejoraste mis días confundidos. Por eso te llevo siempre en mi corazón. Ahora que ya no estoy

más contigo y soy tan solo un pálido recuerdo, escucha mi voz a lo lejos susurrándote: *Gracias por haber sido mi amiga*. Y te ruego por última vez eso que tanto te hacía reír cuando te lo decía con voz suplicante: *Por favor déjame besar tus hoyuelos*.

Ahora estoy solo y en silencio, como me gusta pasar los días. He desconectado el teléfono. Sé que no llamarás. Seré fuerte y no te volveré a llamar. Con suerte, el destino organizará, a su traviesa manera de hacer las cosas, un encuentro inesperado entre nosotros. No quiero hacerme ilusiones, sin embargo. Prefiero pensar que no te veré más. Escribo esto último —no te veré más— y duele. Me consuelo pobremente con mis recuerdos de ti. Por eso he querido escribir esta carta: para seguir queriéndote, para no olvidarte. Afuera, el sol resplandece en la piscina y yo, derrotado, de pie frente a la ventana, veo tu sonrisa dibujada en el fondo turquesa de esas tibias aguas. No tengo una sola foto tuya, Melanie. ¿Tendrás una foto mía? Quiero creer que sí. Es una pena que los momentos que viví contigo no quedaran registrados en unas cuantas fotografías. Quisiera tener al menos una foto contigo. A falta de una imagen tuya, te busco en mi memoria, en la piscina de esta casa. Apenas eso soy ahora, Melanie: un hombre solo que te busca en su piscina. Imagino, mimándome un poco, que más tarde, cuando decida poner fin a estas horas de silencio, sonará el teléfono y, tras resistirme a levantarlo, distinguida precaución que se ha hecho habitual en mí, oiré tu voz atropellada —atropellada porque estás nerviosa, aunque no quieras reconocerlo— filtrándose por las polvorientas rendijas de mi contestador: *Hola Manuel, soy Melanie, no te llamé porque estuve de viaje, acabo de regresar y escuché tu mensaje y sí, llámame cuando*

*vengas a Nueva York, tenemos que vernos, hace tanto que no sé nada de ti, y no te digo para que te quedes en mi departamento porque es chiquito y estoy con Eric, además que tú eres un buachafo que solo se queda en hoteles de lujo, pero bueno, llámame cuando quieras y avísame con tiempo los días que vas a estar acá, me muero de ganas de verte, chino, qué bueno que vengas pronto, trae ropa bien abrigadora porque hace un frío maldito, te vas a congelar, bueno, te dejo porque estoy corriendo, llámame cuando te provoque, tú nunca molestas, tontito, tú siempre vas a ser mi chino adorado. ¿Sabes lo que haría si me llamaras y me dijeras todo eso que nunca me dirás? Tomaría el próximo vuelo a Nueva York, me alojaría en un hotel tranquilo, te llamaría al entrar en mi habitación y correría a abrazarte con unos magníficos girasoles, que, no lo he olvidado, son tus flores favoritas. Abrazándote en la puerta de tu casa, te diría: He venido a pedirte perdón. Sé que no me porté como un buen amigo. Lo siento. Sacrifiqué nuestra amistad por mi ambición como escritor. No me enorgullezco de eso. Pero eso pasó. Y lo que no ha pasado —ni va a pasar— es mi cariño por ti. No puedo dejar de quererte. Eres una de las mejores personas que he tenido la suerte de conocer. Cambiaste mi vida y ahora te lo agradezco. Sin ti probablemente no estaría aquí, no habría escrito nada, me hubiese suicidado o seguiría metiéndome coca. Tú llenaste mi vida de ternura y esperanza. Por eso te digo gracias, Melanie. Gracias por haberme salvado de los infiernos, por haber creído en mí cuando yo era una desgracia. Gracias por seguir siendo mi amiga del alma. Te pido por favor que me des una oportunidad más para demostrarte que te sigo adorando, que he aprendido a ser tu amigo. Y ahora, ¿nos podemos tomar una foto, que no tengo una sola foto contigo? Pero todo esto, me duele admitirlo, es un ejercicio inútil, una boba fantasía. Sé que no*

llamarás. Por lo visto, has decidido extirparme de tu memoria como se retira a un tumor canceroso, al que después, para seguir viviendo a plenitud, tienes que olvidar. Sé que no te abrazaré con flores amarillas en Nueva York. Me hago ahora la promesa de que no te llamaré más, y no por rencor sino por respeto a ti. Las flores amarillas las usaré para mirarlas y olerlas cuando, como ahora, me aferre a escribir, ese vicio que me redime de mi pasado. Sé que no me darás una nueva oportunidad. Me quedo sin ti, Melanie, chica linda. Yo tengo la culpa de tu ausencia. Por eso ahora soy un hombre solo que mira su piscina. La contemplo en silencio, recordándote, y a veces me sonrías desde la quietud de las aguas. Ya lo sabes, es el precio de mi egoísmo: soy un hombre que te busca en su piscina. Dondequiera que vaya, te seguiré buscando.